

CETYS Universidad

Universidad y pandemia

REFLEXIONES Y EXPERIENCIAS
FRENTE A LA CONTINGENCIA

Liliana López León
Carlos A. González Palacios
David A. Ornelas Gutiérrez
(coordinadores)

En un intento por dilucidar el silencioso cataclismo que de-
tuvo al planeta, algunas instituciones educativas de múltiples
latitudes han convocado a su claustro a deliberar sobre lo ocu-
rrido, aportando elementos para no cejar en perfeccionar las
tácticas y los protocolos encaminados a consolidar la mudanza
de esquemas y, sobre todo, la exigencia para unos y otros de
adaptarse a un insospechado régimen de vida y, en consecuen-
cia, de compromisos y quehaceres. Es el origen de **Universidad
y pandemia: Reflexiones y experiencias frente a la contingencia**,
obra colectiva que recoge ocho visiones sobre las incógnitas
que acarreó la COVID-19 en la esfera de la pedagogía.

El índice acopia una pluralidad de acercamientos en lo tem-
ático y metodológico relativos a la secuela de la migración
de formato, la imprevisible preponderancia de la tecnología
en disciplinas de corte humanístico, el ramalazo de los sucesos
entre los estudiantes de maestría, la alteración del ritmo cir-
cadiano, su estela en el deporte, la cauda de reverberaciones
psicoemocionales en el alumnado, y la crónica, desde la óptica
del yo profesoral, de la obligada cuarentena. Se trata, en sín-
tesis, de la documentada o empática contribución del docente
del CETYS, adscrito por mayoría al Colegio de Ciencias Socia-
les y Humanidades, para la clarificación de las disyuntivas de
una incógnita y un duelo global que nos exhorta cada mañana
a no bajar la guardia.

ISBN: 978-607-99265-0-2




EDITORIAL
CETYS
UNIVERSIDAD


CETYS
UNIVERSIDAD

Universidad y pandemia:
Reflexiones y experiencias frente a la contingencia



DIRECTORIO DEL SISTEMA CETYS UNIVERSIDAD

Dr. Fernando León García
RECTOR DEL SISTEMA CETYS UNIVERSIDAD

Dr. Alberto Gárate Rivera
VICERRECTOR ACADÉMICO

C.P. Arturo Álvarez Soto
VICERRECTOR ADMINISTRATIVO

Dr. Jorge Ortega Acevedo
COORDINADOR DEL PROGRAMA EDITORIAL

UNIVERSIDAD Y PANDEMIA

Reflexiones y experiencias
frente a la contingencia

Liliana López León
Carlos A. González Palacios
David A. Ornelas Gutiérrez
(coordinadores)

CÁTEDRA EN EDUCACIÓN SUPERIOR



EDITORIAL
CETYS
UNIVERSIDAD

Universidad y pandemia: Reflexiones y experiencias frente a la contingencia

D. R. © Los autores

D. R. © 2021, Instituto Educativo del Noroeste, A. C.
Calz. CETYS s/n, Col. Rivera
Mexicali, Baja California, México, C. P. 21259
www.cetys.mx

Primera edición, mayo de 2021

ISBN: 978-607-99265-0-2

Colección Cátedra en Educación Superior

Coordinación editorial: Jorge Ortega Acevedo

Edición y diseño de interiores: Néstor de J. Robles Gutiérrez

Diseño de cubierta: Rosa María Espinoza

La presente es una edición de circulación cerrada y exclusiva del CETYS Universidad. Queda prohibida, sin la autorización expresa del editor, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, comprendidos reprográfico y tratamiento informático.

IMPRESO EN MÉXICO

CONTENIDO

Prólogo.....9
Jorge Ortega

El reto de la transición a la vida universitaria para
los alumnos de nuevo ingreso durante a pandemia 17
Susana del Pilar Ruvalcaba Álvarez
y Josman Espinosa Gómez

La responsabilidad de humanizar la mediación
tecnológica: Las humanidades frente a la pandemia 45
Carlos A. González Palacios y Liliana López León

La incertidumbre representa la vida: Testimonios
de estudiantes del posgrado en educación 73
Melanie Elizabeth Montes Silva y José Luis Bonilla Esquivel

Calidad de sueño en estudiantes universitarios
durante la pandemia por COVID-19 95
Daniel Nikolaus Alvarez Núñez, María del Mar Cossío Fajardo,
Kaori Pino Urakami y Axel Arredondo Quiñónez

La escuela desde casa: Las emociones en estudiantes universitarios de Psicología en la pandemia.....	117
<i>Daniela Díaz Flores, Ivon Aidé Guerrero Ceballos y Liliana López León</i>	
Pandemia y deporte: Factores psicoemocionales y motivación en deportistas ante situación de aislamiento social por COVID-19	141
<i>Josman Espinosa Gómez, Daniel Nikolaus Alvarez Núñez, Christbelen Lizbeth Sandoval Ayala, Tania Guadalupe López Yañez, Rosa Elena Aguilar Alonzo, Suez Betzabeth García Romero, Daniela Guadalupe Briones Chávez y Kristinna Olmedo Ramírez</i>	
Transformación de las experiencias culturales de la presencialidad a la virtualidad.....	171
<i>Michell López García y Pablo A. Muradás González Franco</i>	
El relato de un docente en días de otoño	203
<i>Luis Fernando Oviedo Villavicencio</i>	
Sobre los autores.....	223

PRÓLOGO

La pandemia causada por la COVID-19 ha desencadenado una dolorosa y frustrante debacle no sólo en el ámbito de la salud, desde luego el de mayor urgencia y prioridad, sino también el laboral, que congrega la suma de las numerosas tareas productivas, funciones profesionales y, dicho sea de paso, entrando en materia, responsabilidades formativas, abanderadas por la población estudiantil y el vasto gremio académico o magisterial. La educación, pues, ha sido uno de los sectores que resintió de manera alarmante la suspensión de actividades presenciales, disposición primordial para ejecutar a fondo, con efectividad, el proceso de enseñanza.

Para empezar, no hay al menos en el más reciente siglo un impedimento de tamaño peso en la vida escolar, universitaria, como las medidas necesarias para refrenar la propagación del coronavirus, gran plaga inaugural del tercer milenio. Si bien los cursos tuvieron que mantenerse a través de la pantalla, las aulas de los colegios y de las universidades se vaciaron y siguen aún sin conseguir auspiciar la comunión humana, el insustituible trato interactivo entre alumnos y

profesores, emanado de la concurrencia física. La educación es siempre algo más que contenidos o saberes.

Así, la emergencia sanitaria ha detonado en las instituciones de educación superior dos inconvenientes estrechamente concatenados: la postergación de clases *in situ*, en el campus, y la irregularidad de este hecho que en marzo de 2020 abrió la caja de Pandora de las ventajas y las contradicciones de la docencia en línea; las segundas desatarán, a la postre, un impacto sensible en los estudiantes y los instructores. Lo mismo aplica para los seminarios de investigación del claustro y la dinámica extracurricular –cultural y deportiva– del alumnado. Toda acción educativa o académica entraña un ejercicio de socialización. Sin las provechosas implicaciones del encuentro, la convergencia en vivo, el ciclo de aprendizaje y de generación de conocimiento es un esfuerzo trunco, carente de una plenitud alentadora, indefectible, para que la pedagogía alcance en términos estrictos un registro óptimo. La escuela no constituye un centro de canje de información por videosesión, o la recepción pasiva de noticias y datos, sino una experiencia a la vez integral y heterogénea que ahorma en tiempo real nuestra existencia, rebasando la expectativa de adquirir las competencias técnicas para acometer una ocupación remunerada.

Educadores y educandos han afrontado entonces un escenario crítico, aunque llevadero. La cátedra no cesa, pero la modalidad virtual continúa encarnando la excepción a la regla, es decir, una anomalía. Sin embargo, tras los más de doce meses que ha tomado hasta ahora el paréntesis de la sana distancia y el semáforo epidemiológico, lo que parecía anormal dio lugar, a base de esperanza y optimismo, a la posibilidad de una nueva, una futura normalidad que llegó para

quedarse. Lo deseable sería restituir el orden previo, volver a colonizar los salones desiertos que aguardan el calor, las voces, el barullo de los estudiantes, mas ese regreso tendrá que esperar y, cumplido el ansiado plazo, es probable que las cosas no resulten ya como fueron. Poniendo de lado la nostalgia, se atisban desafíos que desde el inicio de la pandemia encaran profesores o alumnos en diferentes trincheras de su respectivo papel como protagonistas de la misión formadora. Entre el diagnóstico y la prospección, los usos y la innovación, la educación superior procura custodiar su esencia y reinventarse, apelando al trance de las circunstancias y al horizonte que sugiere la pertinencia de los recursos digitales, tabla de salvación a lo largo del confinamiento.

No obstante, más que una solución hay ciertamente una diagnosis, y, más que una diagnosis una experiencia, la de una reacción presta y eficaz ante el advenimiento del inaudito fenómeno a fin de evitar perder el ciclo lectivo. Con la cosecha de esa reacción inmediata se improvisaron –en el buen sentido del verbo– planes de acción para salvar las clases, migrando de súbito al modelo electrónico. Era una salida provisional, mientras la situación mejoraba concluidas las vacaciones de Pascua. No lo vimos venir: lo provisional se tornó permanente e ignoramos todavía si definitivo. La incertidumbre es el supuesto con que hay que operar en lo sucesivo, proyectando en el aire, por esbozarlo de un modo, didácticas remotas pero consistentes que pretenden garantizar el amparo y la hospitalidad del campus a la par de su estándar de calidad o excelencia. El primer año de la COVID-19 ha significado una escuela adentro de la escuela, dado que su repercusión en materia educativa permitió al complejo engranaje de la academia, y a su hemisferio administrativo, aclimatarse a la calamidad, discernir su

resonancia en los mecanismos de enseñanza, y proponer una vacuna contra la paralización y el desánimo.

Experiencia: testimonio. Aquello a lo cual pueden aspirar estudiantado y cuerpo docente es a compartir su versión del repentino cambio de sistema. Esta retroalimentación facilitará ajustar programas, objetivos, procedimientos. Se augura una reincorporación escalonada a los salones mediante la implementación de una opción híbrida, a caballo entre la cátedra en carne y hueso y la de transmisión vía Zoom, mas la realidad sostiene que hay clases en línea para rato. Pese a que un porcentaje considerable del alumnado universitario actual se conforma de nativos digitales, es justamente esa proporción la que añora la reanudación de los cursos presenciales, impregnados de camaradería e intercambio. El valor agregado de las aulas llenas era la oportunidad de disfrutar en el campus de un ambiente académico y estudiantil que el estado de sitio del coronavirus ha dirigido a un *impasse*. Por sofisticada que se antoje, la tecnología cibernética no reemplaza la estimulante, potencial e inagotable riqueza del contacto entre personas, ora para escuchar al maestro frente al grupo, ora para juntarse en biblioteca con los compañeros para trabajar en equipo, ora para asistir en el auditorio a una conferencia magistral. Igual para acudir al taller de arte, entrenar o tumbarse en los jardines a charlar.

La pandemia no se irá. Tendremos que habituarnos a vivir y convivir con ella. No habrá de pronto condiciones perfectas para retornar a los salones. Es preciso atenerse a una reintegración paulatina en el mediano plazo a partir del avance en las campañas de inoculación y de la hipotética disminución de los contagios. La luz verde invitará a encender motores, aunque el restablecimiento de lo que dejamos

a espaldas la primavera de 2020 no será instantáneo, como pulsar el interruptor. Es más, la vida que llevamos con anterioridad a tal fecha no resurgirá intacta, siendo la misma. El recelo de los cuidados perdurará en las instituciones y la amenaza de una eventual mutación del virus proseguirá latente, lo cual persistirá restringiendo libertades y relaciones, la movilidad y el roce de los individuos. La única alternativa radica en recurrir con paciencia a las facilidades de la informática y no soltar el hilo de la comunicación a través de las plataformas que ofrece. Lo que nunca debiera claudicar ni interrumpirse es el diálogo constructivo y analítico, ilustrado y cordial entre profesores y alumnos. Y viceversa.

De la básica a la superior, la irrupción de la COVID-19 modificará sin duda los hábitos de la educación. Cruzamos el abismo que dividía el magisterio tradicional o las clases presenciales de la enseñanza telemática que en distintos contextos ha derivado inevitablemente, por el momento, en un monitoreo de encomiendas. La agenda sanitaria eclipsó la agenda educativa. Es lógico: ante una contingencia de salud convertida en un asunto de seguridad nacional, velar por la sanidad de los ciudadanos y socorrer a los ingresados con pronóstico grave o delicado es lo apremiante. Mas algo ya varió. El coronavirus ha diversificado las instancias para officiar la docencia, dotando tanto a los estudiantes como a los instructores de un referente inédito para tomar o impartir cátedra. Ahora hay dilema. La modalidad virtual representa una rutina generalizada a la que sería difícil renunciar por entero para restaurar el modelo convencional. Las sesiones en línea son la naciente regularidad, han echado raíces en la jornada de los usuarios, evidenciado rendimiento de economía y horario, y tampoco se las podrá erradicar de la noche

a la mañana al cabo de una pandemia cuyo desenlace es de sobra impreciso.

La dispersión de la COVID-19 rompió el círculo virtuoso de las clases presenciales. Repararlo no depende de autoridades, instituciones u organismos del ramo. Salud tiene la última palabra. Habrá que armarse de tenacidad y confianza para que las aguas recuperen poco a poco su nivel, resanando el cálido tejido de la proximidad horadado por el alejamiento físico. Se ha aseverado en infinitas ocasiones que la vitalidad de las universidades anida en el tropel del alumnado, que en la afluencia estudiantil del día a día, no en la infraestructura, reside el vigor, la energía de la aventura educacional. Personas, no edificios. Esta entusiasta convicción nos obsequia temporalmente una bocanada de ilusión y perspectiva. No podemos coincidir por los pasillos o en las aulas —se dirán profesores y escolares—, pero sí hablar y prestarnos atención en la pantalla, tendiendo puentes de vocablos con miras a condensar el coloquio de cada asignatura trufado de revelaciones o hallazgos. Donde dos o más se reúnan en su nombre ahí crepitará el fuego de las prácticas formativas o sonará el surtidor de las preguntas que nos convidan a explorar lo desconocido, una afición tan añeja como el asombro, la curiosidad, el cuestionamiento. Cualquier señal de intelección porta la semilla de un aprendizaje. La lectura del mundo se emplaza más allá de los muros.

De esta suerte, en un intento por dilucidar el silencioso cataclismo que detuvo al planeta, algunas facultades de múltiples latitudes han convocado a su claustro a deliberar sobre lo ocurrido, aportando elementos para no cejar en perfeccionar las tácticas y los protocolos encaminados a consolidar la mudanza de esquemas y, sobre todo, la exigencia para unos y

otros de adaptarse a un insospechado régimen de vida y, en consecuencia, de compromisos y quehaceres. Es el origen de *Universidad y pandemia: Reflexiones y experiencias frente a la contingencia*, obra colectiva que recoge ocho visiones sobre las incógnitas que acarreó la COVID-19 en la esfera de la pedagogía. El índice acopia una pluralidad de acercamientos en lo temático y metodológico relativos a la secuela de la migración de formato, la imprevisible preponderancia de la tecnología en disciplinas de corte humanístico, el ramalazo de los sucesos entre los estudiantes de maestría, la alteración del ritmo circadiano, su estela en el deporte, la cauda de reverberaciones psicoemocionales en el alumnado, y la crónica, desde la óptica del yo profesoral, de la obligada cuarentena. Se trata, en síntesis, de la documentada o empática contribución del docente del CETYS, adscrito por mayoría al Colegio de Ciencias Sociales y Humanidades, para la clarificación de las disyuntivas de una incógnita y un duelo global que nos exhorta cada mañana a no bajar la guardia.

JORGE ORTEGA

Coordinador del Programa Editorial
de CETYS Universidad